

que no deslustran los odiosos croquis,
junto al poema del amor trazados,
que al pasar dibujara, torpemente,
la mano del impúber corrompido.

Y al encenderse las primeras luces
de las farolas, por las calles, vuelvo
al gran tumulto del París que goza,
donde miro, llenando las aceras,
cómo toman el aire los tenderos,
mientras, mostrando sus robustas formas,
sus hijas con los novios coquetëan.

X.

Yo soy un hijo pálido, muy triste,
de mi París, de mi París el viejo,
y el dolor de los grandes soñadores
que no viajaron en su vida siento.

En balde mi esperanza se refugia
en los campos azules de los sueños.
¿Cómo? si me consume la nostalgia
de los verdes, larguísimos senderos,
que llegan á tocar el horizonte
y que siguen después, lejos, más lejos.

Como el pobre cautivo que se asoma
para mirar entre los duros hierros
de sus prisiones resurgir el día,
triunfar después, desvanecerse luego;
con el afán que siente el desterrado
si ve desde las costas del destierro
las de su patria; con afán creciente,
huyo de la ciudad y sus recuerdos,
y en los campos vecinos, donde, solo,
podré sentir y recordar, pasëo.

Forjándome dichasas ilusiones,

gusto en seguir por entre el polvo espeso,
 y ver al sol, entre doradas brumas,
 amortiguar sus últimos reflejos
 al traves de las líneas de los olmos
 altos, erguidos y de troncos rectos;
 admirar las mudanzas de las nubes,
 sus colores fantásticos, espléndidos;
 y cuando el sol, después, muere en la sombra,
 y la sombra se extiende por los cielos,
 por alguna vereda me extravió
 y por los campos al azar me alejo,
 ó en los altos sillares, á menudo,
 de las murallas á soñar me siento,
 mientras la brisa tenue de la tarde
 besa mi rostro, riza mis cabellos.

Lejanamente y en la luz dudosa
 el indistinto anfiteatro negro
 de las dulces colinas me parece
 que, tras la sombra, va retrocediendo,
 y en el fondo magnífico del valle,
 turbando las dulzuras del silencio,
 á mis pies, á mis pies, lúgubrementes
 París se queja, con suspiro eterno.

La sombra azul en el espacio obscuro
 crece ya por instantes, y comienzo
 á distinguir aislados los rüidos
 entre las olas del murmullo inmenso.

Y entonces, aumentando la ventura
 de mi gran emoción y mis ensueños,
 entre el caos de sombras desbordadas
 que se acumulan y me envuelven, puedo
 —mientras oigo las hojas de los árboles
 temblar al soplo del tranquilo viento,
 el silbato febril y doloroso
 de magníficas máquinas, los ecos
 de la voz clamorosa de los niños,
 los ladridos lejanos de los perros,
 el claro golpe en el sufrido yunque,
 la música del órgano severo,
 largo quejido que, solemnemente,
 poco á poco se va desvaneciendo—
 ver la noche cuajándose de estrellas
 y París encendiéndose, á lo lejos.

XI.

Ella es algo pedante. Cuando læemos
—en tanto que las llamas nos acarician
mientras corren llenando la chimenea—
deja que se le escapen agudas críticas.

Como el libro juzgado siempre le busco
entre los más hermosos de los más buenos
de mis buenos amigos, constantemente
de tan duros ataques yo lo defiendo.

Pero, á pesar de todas mis intenciones,
resultan mis defensas defensas tibias.....
¡Tenemos los amantes, alucinados,
tantas abdicaciones y cobardías!!!

Sin embargo, las voces de las pœtas
hallan en las mujeres sus grandes ecos;
no cuando los arrastran vanos lirismos
y suben deslumbrados al quinto cielo;

sino cuando les cantan dulces, amantes,
como Sainte-Beuve, que sufre sus agonías,

ó Baudelaire, que gime desesperado,
ó Musset, si consigue vencer la risa;

cuando para embotarse la inteligencia,
rendida ya de males y sufrimientos,
buscan en los aromas embriagadores
de vagas languideces, paz y consuelo.

¡Ella los ama tanto, si le interpretan
del corazón las tiernas melancolías!
Y á mis pies reclinada, su voz repite
el pasaje que ¡tanto! sufrió su crítica.

Aquel dulce pasaje, mágico nido
en que siempre se esconden besos y besos...

.....
Y sucede á menudo que el libro, torpe,
suele rodar muy pronto, rodar al suelo.

XII.

Algunas veces tomas en tus manos
 mis manos temblorosas, las estrechas,
 y en mis ojos sombríos tus miradas
 se copian, tan amantes y sinceras!

Hablándome al oído, largamente,
 con voces de ternuras y firmeza,
 que el cariño sincero del hermano
 y la pasión del camarada mezclan,
 uniendo en tu hermosísimo discurso
 grandes ánimos, dulces reprimendas,
 tú me preguntas el porqué terrible
 de mis largas, mis íntimas tristezas,
 de que mis ojos cárguense de sombras,
 de que mi frente joven palidezca.

Al pronto me disculpan los pretextos
 de vagas, melancólicas idéas
 y de tedios profundos, implacables,
 que ni tan sólo recordar quisiera.

Pero no te convences, y recurro
 á decirte de nuevo que me apena
 la fatiga constante de la lucha,
 de la lucha tenaz de la existencia.

Te digo que un diario—te lo digo
 sin poder ocultarte la vergüenza—
 un periódico vil, que todavía
 cualquier ocioso de lector encuentra,
 insulta mis artísticos amores,
 se mofa de mis sueños de poeta,
 y á mis hermanos, y aun al Arte mismo
 falta, calumnia, de procaz manera.

Y entonces, tú, mi vida, mi consuelo,
 con tus dulces miradas que se llenan
 de plácidos reproches, procurando
 que tus palabras me cautiven, mientras
 das á mi cuello mágicas prisiones
 entre tus brazos que al tocarme tiemblan,
 te burlas de mis cuitas por lo bajo,
 y me dices entonces: «¡Cuánta pena!
 ¡Pobre niño, que duda, palidece,
 sin dejar que le mimen, que le quieran,
 y cuando se te adora, ¿te apesaras?
 ¡Oh, ingratos, ingratisimos poetas!

En el polvo dorado que en los dedos
 las mariposas al volar os dejan,
 las de tantas y tantas ilusiones
 con que la mente delirante sueña,
 os conocemos, sí, las que nacimos
 en brazos del Amor, las hijas de Eva,
 y al conoceros y al miraros, siempre
 nuestros amantes corazones tiemblan.

Un atractivo dulce, vanidoso,
 causa en nosotras la emoción primera;
 sabemos que domáis las esquivaces,
 la rebelión del ritmo y las idéas
 para decir al mundo venidero
 que nos amamos y que fuimos bellas.
 Os amamos y luego, todavía
 os queremos, aun más. Siempre las Evas
 cedieron á las artes del demonio
 y al canto seductor de la sirena.
 ¡Ah, sí! pero vosotros solamente
 sabéis hablarnos, y morimos vuestras.
 Vuestras son nuestras dichas, nuestras almas,
 ¡ felices, felicísimos pöetas!
 Vuestras son nuestras dulces ilusiones,
 las gracias mil y las ternuras nuestras,
 ¡ las rosas que perfuman los laureles
 de vuestros grandes triunfos! ¡ Cuánta pena!
 ¡ Pobre niño, que duda, se acobarda,
 sin dejar que le mimen, que le quieran!
 ¡ Sois tan felices! ¡ mucho, muy felices!
 ¡ Y si la envidia pálida, rastrera,
 mancha con sus insultos las estrofas
 que deslumbrada, conmovida, trémula,
 ayer oyó la diosa de tus sueños,
 que por tu amor, que por tu amor alienta,
 como niño medroso palideces,
 te rindes al pesar, te desesperas!»

Y te escucho en silencio, vida mía.
 ¡ Tú me dices tu larga reprimenda
 con acentos burlones, tenuemente,
 con voz que me acaricia, dulce, tierna!
 La alegría, la mágica alegría
 del corazón dormido se despierta,
 y repites las tuyas, tan hermosas,
 hasta que olvido mis fugaces quejas,
 cuando todo mi noble pensamiento
 á los mandatos de tu voz se entrega.
 Así los dos hablamos, largamente,
 á la aventura, sin querer apenas,
 y después, cuando ya nos fatigamos
 de tanto hablar de versos y pöetas,
 para que nunca, nunca se me olviden
 tus consejos, tus dulces advertencias,
 tú me das aquel beso, que tú sabes,
 sobre los ojos, que el encanto cierra.

XIII.

La luz del sol brillando lisonjera
 los menudos granizos adórnaba
 con tonos claros de color de rosa.
 Parecía pasar la primavera
 por el cielo de otoño, que tomaba
 dulce matiz de la estación hermosa.
 Quisimos disfrutar de los instantes
 de la feliz helada, caprichosa;
 defendida por velos y por guantes,
 guardada tú con protector abrigo,
 yo bien forrado con pesadas pieles,
 siempre feliz de caminar contigo,
 entre los rayos de la luz brillantes
 y el rumor de la gente divertida,
 franquemos la espléndida *avenida*,
 llena ya de parejas elegantes.
 De pronto y hacia tí, rápidamente
 abriéndose camino
 entre los grandes grupos de la gente,
 feliz y sonriente,
 una muchacha temblorosa vino.

Era una pobre niña, pobre y triste,
 casi, casi desnuda.
 ¡Con qué pena la viste
 llegar, lívida, muda!
 ¡Con qué dolor tan grande, tan humano,
 hacia tí dirigía
 sus miradas inquietas!
 ¡Con qué ruego tan dulce te ofrecía
 con su pálida mano
 su ramito de pálidas violetas!
 Adivinó, sin duda:
 «tienen aspecto de vivir dichosos»,
 y el corazón le dijo:
 «deben ser generosos.»
 ¡Nos ofreció sus flores delicadas
 con tan tiernas miradas!
 con las miradas tétricas, ansiosas
 de quien dichas y dichas apétece
 y de lograrlas ya desesperóse,
 con la triste sonrisa, que parece.....
 que parece que tose.

¡Cuántas crueldades! ¡Era
 tan atroz espectáculo, tan tierno!.....
 ¡Ay! ¡Venir á ofrecer la primavera
 quien moría del aire del invierno!!
 Y sus manos temblaban,
 y mientras, yo sentía
 las tuyas que al amor se calentaban

del *manguito* feliz que las cubría.
 Hicimos nuestra ofrenda;
 luego los dos seguimos, tristemente,
 sintiendo nuestra mágica alegría
 del corazón, del corazón ausente;
 y mientras que moría
 nuestra dichosa calma,
 la memoria sentía
 un gran dolor, indescriptible, eterno.....

¡Ay, alma de mi alma,
 darás muchas limosnas,
 todo, todo el invierno!!

XIV.

Yo ya no soy el niño que recuerdas,
 ¡ay! ni tú la muchacha, tan graciosa,
 tan gentil, tan traviesa, tan alegre;
 los dos que, entonces, en el breve tiempo
 que fué de nuestro amor plácida aurora,
 con gritos inconscientes de alegría,
 con largas vueltas en correr constante,
 al través de los campos de centeno,
 turbaban las canciones misteriosas
 de las aves felices, sorprendidas;
 los dos que caminaban á lo largo
 de las calles de arbustos, que frotaban
 con sus colgantes ramos nuestras frentes,
 unidos en abrazo inacabable,
 diciéndose palabras seductoras
 de gran amor, de amor inextinguible;
 cuando tu frente juvenil llegaba
 á la altura precisa de mi beso.
 ¡Seis años han pasado! ¡Cuán veloces!
 Y con ellos el tiempo memorable
 de las frescas y rubias alboradas,
 los cielos en tus ojos y la brisa

jugando con tus dóciles cabellos;
de los labios que ríen y que cantan,
fáciles al amor y sus promesas,
y las perlas de plata de las risas
que se van desgranando, como flores
que lanzan á lo lejos sus simientes!

En verdad, no sentimos, no sentimos
la gran nostalgia de los pocos años,
porque el amor que en nuestras almas vive
con el aliento de los años crece;
pero mi amor no dura vigoroso,
robusto, varonil; para las penas
soy cada vez más niño, ¡bien lo siento!
Más cada vez mi frente palidece,
más cada vez mi corazón se llena
de amarguras, y sombras, y rencores.

Como vuelve al escollo que le aguarda
el golpe de la mar, y la cigüeña
al nido suyo en la empinada torre,
como la flecha al blanco, siempre torno
á perseguir mis imposibles sueños;
á tu amor que me colma de placeres
y á la vez de peligros te rodëa;
á los cortos instantes de ventura,
de goces, de caricias y de olvido,
que abrevian nuestros rápidos temores,
pues saben que en la sombra nos acecha

la tenaz vigilancia del espía;
al placer que ocultamos ¡ay! lo mismo
que si fuese un oprobio..... ¡tú lo sabes!
al rincón del hogar en donde apenas
osan mis manos extender las flores
que mi amor y mi anhelo te consagran,
donde acudo en secreto cual si fuese
miserable ladrón, y en donde vives
como en prisiones; á tus penas vuelvo;
al tiempo aquel de nuestros veinte años,
de los senderos largos, donde fuimos
tan poco á poco, tan amantes siempre,
cambiando misteriosos juramentos,
y sin poder adivinar lo mucho
que debemos sufrir, toda la vida;
al tiempo aquel en que el amor despierta,
mecido por falaces ilusiones,
cantado por las brisas armoniosas,
sin ver no más que la belleza pura
la gran belleza de los anchos cielos.....!

Y te escribo mis dudas, y entre tanto
se me llenan de lágrimas los ojos!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

XV.

En los senos recónditos del alma,
 donde ni el mundo ni su voz penetran,
 me reconozco natural, sincero.
 Mi pasado sombrío no consigue
 turbar con sus tinieblas el encanto
 de mis primeras, dulces ilusiones.
 Y cuando miro que á mi lado cruzan,
 seguidas por la madre que dirige
 sus breves pasos, con los ojos, dulces,
 inclinados á tierra, temerosos
 de los ojos ardientes que los buscan,
 dos tímidas muchachas, que perciben
 los primeros aromas seductores
 de la gran primavera de la vida,
 iguales, con idénticos vestidos,
 y como dos goletas que ostentasen
 los mismos pabellones, adornadas
 con idénticos lazos y con cintas
 de los mismos colores, soy dichoso.

Algunas veces á soñar me entrego,
 algunas veces á soñar me lanzo,

mecido por mejores esperanzas,
 y sueño con las dichas cariñosas
 del buen hogar, del abrigado nido,
 con el amor de la serena vida,
 con el placer tranquilo, dulce, largo,
 sin pretensiones, sin afán eterno.
 Pláceme concebir que me seduce
 la dicha misteriosa, lisonjera,
 del libro *aquel*, soñado, tan soñado,
 junto á las llamas del hogar escrito,
 mientras que la mujer, la pura diosa
 de mis puros amores, ya pasëa,
 los nevados encajes de su bata
 cerca de mí, y en tanto que procura
 encender el brillante reverbero
 ó llenar la tetera bullidora.

Pero, ¡cuán pronto mi ilusión concluye!
 Y tú vuelves á mí con tus desëos,
 tus desëos profundos, irritantes,
 ¡oh pasado fatal! por quien mi vida
 es más que vida plácido martirio,
 veneno amargo y á la vez tan dulce,
 que á la par asesina y embriaga.
 Y los ardores del fatal recuerdo,
 que mis sentidos, sin querer, dominan,
 imponiéndoles triste vasallaje,
 que turban mis anhelos, inocentes,
 apenas iniciados todavía,

son como los *infames* gorriones,
 que en el mes encantado de las rosas,
 para sus diversiones prefirieran
 jocosas y atrevidas, al encanto
 de jardines magníficos, las salas
 del colegio de niñas que despiertan
 al goce vago y al audaz misterio,
 al misterio constante de la vida.

XVI.

Hace noches, hablando, largamente
 con aquella muchacha, tan bonita,
 de nada casi, de la seda roja
 donde su aguja con primor cosía,
 ó de sus rubias trenzas, adorables,
 de sus lazos, sus moños y sus cintas,
 vano pretexto para ver de cerca
 las sombras delicadas y suavísimas
 de la oreja menuda sobre el vello,
 rubio y sutil en la garganta fina,
 su barba muellemente replegada
 sobre su lindo cuello, me decía,
 soñando con locura, sin reposo,
 hablando siempre con mis penas mismas:
 «Nada tan seductor, nada en el mundo,
 como la vaga, tenue media tinta
 se ofrece al hombre; tiene los encantos
 de timideces santas la chiquilla,
 con sus largas pestañas, como el oro,
 velando sus miradas hermosísimas,
 con gestos asustados y sensibles
 de pudoroso armiño.....» Ya sentía

llenar mi pensamiento con la imagen
de la dulce y hermosa prometida,
de la tierna y amante desposada
que las dulzuras del hogar nos brinda.....
las del hogar cuyo interior alegran
juegos de niño, cánticos y risas.

Y luego la impresión de sus encantos
me llenó la memoria todo el día,
todo el día siguiente, de manera
tan dulce, tan febril, tan atractiva,
que casi recelé que deslumbrada
mi voluntad indócil se rendía.

¡Oh dulcísimo sueño de ventura!
Como convaleciente que reclina
sobre cojines su cansado cuerpo,
febril y dolorido todavía,
pero que siente despertar de pronto
los profundos vigores de la vida,
igual en mis dolores y mis ansias
á tiempos olvidados renacía.
Él detrás de los limpidos cristales
campos y campos seductores mira,
el cielo azul de Abril donde los rayos
del sol primaveral lucen y brillan,
los jardines, paisajes de esmeraldas,
los árboles allí que se reaniman
cuajándose de yemas, y las nubes,

sueltas y libres, que en veloz huída
de puros aires hablan, de horizontes
inmensos, anchurosos, de campiñas
donde libre vagar, del perdurable,
del gran placer de la robusta vida.
Él, á los rayos tibios y discretos
de las llamas inquietas y lascivas
que doran ya con lentitud, apenas,
los troncos, sepultados en cenizas,
dichoso de vivir con esperanzas,
de su dolor y de su mal se olvida,
y sueña sin descanso con el goce,
con la ventura del cercano día,
en que á sus blandos nidos, impacientes,
volverán con amor las golondrinas.

FIN.